

**LAPIERRE, Alexandra: *Artemisia*, Barcelona, Planeta, 1999.**

**M<sup>a</sup>. Jesús Martínez Silvente**

La figura de Artemisia Gentileschi (1593-1653) -primera mujer pintora de incuestionable relevancia- ha permanecido injustamente alejada del estudio artístico y de la investigación hasta fechas bien recientes. A mediados de nuestro siglo Anna Banti dedicó parte de su actividad a indagar sobre su escondida imagen realizando una difícil labor de recopilación de los escasos datos biográficos que se conservan. La rescató y reafirmó, devolviéndola a la memoria historiográfica y convirtiéndola en punto de partida y línea a seguir en los trabajos de autoras como Alexandra Lapierre, Rauda Jamís, Mary Garrard, o Francisca Pérez Carreño.

El hecho de ser mujer y de no respetar las estrictas normas de comportamiento propias de la mentalidad de la época que le tocó vivir, si bien la hicieron destacar entonces en el plano personal y profesional, también propiciaron que su recuerdo fuese borrado inmerecidamente del pensamiento de contemporáneos e ilustrados.

Alexandra Lapierre, ante la imposibilidad de crear una trayectoria vital exacta de Artemisia, debido a la citada ausencia de documentación sobre obras y circunstancias, da una interpretación de los hechos libre y verosímil; consigue adentrarse en su personalidad y encarnar el arriesgado papel de protagonista desde los primeros años de aprendizaje con su padre -el pintor caravaggista Orazio Gentileschi- hasta el día de su muerte en la ciudad de Nápoles.

Parece inevitable el hecho de que toda biografía novelada referente a la artista barroca tenga como base el episodio de la violación a la que fue sometida en su adolescencia por Agostino Tassi, maestro de la perspectiva y compañero de oficio de Orazio. Es, sin duda, un suceso susceptible de ser ampliamente comentado por dos cuestiones ciertamente desiguales: por un lado, la posible curiosidad del lector -numerosos estudiosos han creído ver rostros de su entorno más cercano en lienzos de temas bíblicos con protagonista femenina- y, por otro, porque la única herencia escrita de la trayectoria de la Gentileschi se limita a un reducido número de cartas y a los informes referentes a los interrogatorios del dilatado proceso judicial contra Tassi.

*Artemisia* es una venganza. Por medio de Judit, Esther y otras mujeres de noble condición Lapierre vence finalmente una batalla que la artista dejó pendiente. Nos recuerda en las páginas de su libro la llamativa modernidad de las obras que conservamos -desmesurado naturalismo, autorretratos como alegoría de la pintura, lectura libre y personal de temas religiosos- y de su vida -ambiente familiar infeliz, separación de su marido, continuos cambios de residencia, viajes, amoríos, etc.-; nos muestra a una mujer insatisfecha con su destino, en continua búsqueda de la libertad expresiva, inconformista ante la injusticia y felizmente hechizada por su íntima capacidad creadora.

## Comentarios Bibliográficos

Es bien sabido que el florecimiento del naturalismo en el siglo XVII permitió la descripción del coraje y la proeza física en todos los modos de representación. Si Caravaggio fue duramente criticado por su crudeza y descaro a la hora de plasmar en sus lienzos ciertos temas religiosos, Artemisia, lejos de ser considerada como una simple seguidora del artista del claroscuro, no encontró impedimento alguno para representar actitudes de tal agresividad que, todavía hoy, sirven como modelo a celebraciones artísticas contemporáneas con temáticas sobre el dolor, el arte y el cuerpo (Rosso Vivo, Milán. 1999).

Otra mujer de gran prestigio en vida pero tristemente olvidada, Elisabetta Sirani (1638-1665), constituye un ejemplo más del valor humano y la licencia artística de la que gozaban estas pintoras sobre las que tan poco hemos llegado a conocer. En su obra *Porcia hiriéndose en el muslo* (1664), escoge el momento en el que queda demostrada la fortaleza y la destreza de la hábil protagonista; se trata de la misma idea que Artemisia refleja en sus versiones de *Judit decapitando a Holofernes* donde trastoca la versión original y elige el instante más sangriento. Tanto Artemisia Gentileschi como Elisabetta Sirani inciden en el instante del triunfo de la virtud sobre toda injusticia. Lapierre se aferra a la idea de que las desgracias sufridas por la pintora romana son las causantes de tan acusado temperamento; y si tales hechos no fueron determinantes sí que fueron decisivos a la hora de seleccionar temas y motivos para la representaciones en tela.

La relación entre padre e hija es otro pilar en el que se asienta nuestro relato. La ternura de los primeros años, la imagen de la esposa fallecida o la envidia y el rechazo de los últimos momentos nos hacen conocer la no siempre benévola unión entre ambos pintores.

Gran conocedora de la cultura y la vida barroca en todas sus acepciones y, basándose en la documentación de archivos italianos, Alexandra Lapierre lleva a cabo una cuidada conjunción entre mujer, arte y sociedad. La brutalidad, la ignorancia, la belleza y la claridad se funden en un mismo ámbito: el artístico. La fastuosa vida de los príncipes de la Iglesia y las ricas decoraciones en los palacios italianos contrastan con la oscura actividad en el barrio de los artistas donde la prostitución, las tabernas o las constantes visitas a las cárceles de Roma forman parte de la vida cotidiana. Artemisia creció en este descuidado ambiente. Se rodeó de envidias y cortejos, de riquezas y miserias, de condenas y ofensas... escogió una vida que, al no basarse en usuales comportamientos, la hizo capaz de conseguir importantes metas como la de ser la primera mujer que perteneció a la prestigiosa Academia del Diseño de Florencia.

Alexandra Lapierre consigue transportarnos a una época de apasionantes sucesos en la que las desventuras de una mujer inconformista, reaccionaria e insólita hicieron de su agitada vida leyenda e historia.